

Tipos de comedia

Y pues casi todos los hombres alfabetos de Buenos Aires han escrito, por parte baja, una comedia o un drama, o una tragedia, un día me dije: escribe tú también ¡qué demonio! Pero no escribas una tragedia, ni tampoco un drama, pues nunca has visto matar a nadie, sino una comedia que, buena, mediocre o mala, sea la obra de tu juventud. Luego, la comedia hecha, guárdala en un lugar escondido y lejano de toda mano profana y sea, si llegas a viejo, cosa tan difícil y tan poco deseable, como un aura de los buenos tiempos juveniles que remoce, con su séquito de recuerdos, la decadencia de la senectud.

Trata de que la obra resulte lo más "humana" posible. No inventes, pues, ni imagines. Cuenta sinceramente lo que has vivido y lo que has visto vivir.

Y bien, la comedia se hizo, después de una gestación lenta y apacible. Y ahora, antes que la guarde y la entregue a la bonancible y pacífica comunidad de las arañas del "archivo", donde reposa una abigarrada muchedumbre de letra muerta, voy a permitirme presentar a ustedes los personajes, personas y entezuelos con los cuales he ido tejiendo la urdimbre de la comedia. ¡Qué quieren!... es una debilidad paternal. Se trata de "mi gente", de tipos con los cuales he reído, he pensado, he sentido, he lagrimeado... A unos los quiero, a otros los tolero, acaso porque he llegado a comprenderlos.

Si notan por ahí alguna desviación en la línea psicológica, no se curen de ello mayormente. Pueden justificarla, pensando con Sonderéguer, autor de "Los Fragmentarios", que "somos una viva y palpitante contradicción nosotros, los humanos" Y si no quieren justificarla, acháquenla a mi reconocida falta de talento. A la verdad, es dura empresa querer sacar agua de una piedra.

Dicho el preámbulo comience al punto el desfile:

Doña Teodolina.

Mujer de unos cuarenta años. Bien conservada. Tanto que no parece la madre de Isabelina. De origen humilde, casó con hombre muy rico. Enviudó a poco tiempo. Hizo vida regalada y fastuosa que bien pronto dió cuenta del grueso de su fortuna. Vive, ahora, con una renta hartó menguada y todo su sueño es tornar al perdido señorío por medio de un casamiento conveniente de Isabelina. De sus tiempos de boato, conserva aires de gran señora y humos aristocráticos que se traducen en una marcada aversión a las gentes del pueblo. Lleva con orgullo infanzonesco su apellido, como si fuera blasón de una clara estirpe, y rinde a las grandes fortunas y a los viejos prestigios porteños, un tributo tan grande como es el desprecio que le merecen los gringos y los descendientes de las sangres conquistadoras.

Isabelina.

Veinte años cuando mucho. Carne femenina en plena floración primaveral. Rubia, turgente, belleza firme de esas que prometen para después de los treinta una segunda juventud. Mimada toda la vida y acostumbrada a recibir desde adolescente el homenaje admirativo de los hombres y teniendo, además, una plena conciencia de sus atractivos físicos, ha concluido por hacer de sí misma el centro del universo. Toda su misión en la tierra parece limitarse a exhibir su persona. Es una gran coqueta. Para serlo la han favorecido su temperamento frío y el roce frecuente con el mundo elegante, con las gentes mundanas, frívolas, epidérmicas, con esas que consideran una *gaffe* toda preocupación sustanciosa o cualquiera desviación hacia la seriedad efectiva.

Como es incapaz de enamorarse pasionalmente, domina en una forma donjuanesca, las artes de seducción. Gusta esperar a los hombres y afiebrarlos con algunas concesiones, pero no hay miedo de que pierda en el trance la cabeza. Al contrario, como todo lo hace en frío, festeja con una carcajada ruidosa el ridículo aspecto de los hombres rendidos por el amor. Vive en un perpetuo flirt, porque eso ensancha su personalidad, dándole una voluptuosa sensación de dominio.

Es una comedianta del amor. Conoce todas las monerías cautivantes que han inventado las mujeres para sembrar el des-

concierto en la pobre ánima de los pavoneados representantes del sexo "fuerte". Sus bucles castaños, de fibra fina, que riza siempre, dan trabajo a sus manos de monja y son un pretexto para exhibir los antebrazos moldeados, blanquísimos, salpicados de motitas rosadas. Se saliva los labios a cada momento, dejando ver la puntita purpúrea de la lengua. Y con la sonrisa perenne y la carcajada fácil, muestra, con frecuencia mareadora, la juventud incitante de su boca.

Tiene un dominio absoluto del mundo que frecuenta. Pisa con el mismo aplomo los links de Mar del Plata, cuando juega al golf, para lucir las medias transparentes e imantar con poses académicas la golosa mirada de los hombres, que el encerado del Tigre Hotel, cuando baila valsés de vértigo, los ojos adormidos con estudio, la boca semiabierta en sonrisa y la batita de colores frescos palpitante. Alguna mañana de Abril, suele verse por Palermo, vestida de amazona, galopando cerca de las Palmeras y los Lagos, nimbada con sus bucles rebeldes, y llenando el arborío con su risa cascabelera.

Especialista en la esgrima de los ojos, juguetea con la fácil jactancia de los "irresistibles". Mira, algunas veces, a los hombres en una forma que desconcierta: fijamente y con toda la pupila desplegada. No es, en estos casos, la suya una mirada provocativa que enardezca, sino una mansa mirada llena, al parecer, de candor y de inocencia infantil. Otras veces, y esto lo hace frecuentemente porque es diabólica, impregna esa mirada de travesura, de malicia, de leves insinuaciones promisorias, que van despertando en torno codicias masculinas. Y cuando se le ocurre dar el golpe de gracia, se sienta y se cruza de piernas para enseñar con desenfado picante el zapato menudito y el empeine levantado de su pie. En verano deja adivinar los brazos redondos al través de los calados, y luce, en invierno, en la tibieza de los salones, la firmeza de la espalda y el declive suave de su seno níveo.

María Elena.

Tiene hasta veintidós años. Figurita amable, delicadamente delgada, y casi bonita. Dotada de un rico temperamento erótico, es una *amoureuse*, pero no una instintiva sexual. Como buena romántica, gusta adormecerse en ensueños sentimentales y prefiere los coloquios íntimos en la penumbra de la sala o en

la penumbra del jardín a la pública exhibición que tanto engolosina a sus amigas. Femenina, exquisitamente femenina, hay en ella un algo como de dulzura maternal que desarma al más ruín de pensamiento. Es así cómo su compañía resulta un sedante para el espíritu. No tiene, como Isabelina, una atracción carnal conturbadora y enfermiza. Retraída para los extraños, es expansiva, graciosa, parlera y juguetona con las gentes de su confianza. Fácil para las lágrimas, tiene en ellas un recurso infalible de dominación amorosa. Su coquetería no es complicada: se reduce al mimo, al arrullo, a la caricia. En fin, mujer para un poeta, para un artista, para un hombre que tenga en el alma más de Leandro que de Crispín.

Josefina.

Treinta y seis inviernos. Magra de carnes. Tanto que nunca sus vestidos supieron qué cosa eran caderas, ni comprendieron a qué podían referirse los versos sensuales de Darío: “Un rojo rubí se enciende — sobre los globos del pecho”.

Un lunar de pelo se aburre sobre la cara, que es de epidermis rugosa, como globo desinflado, y un ligero bozo, reacio a todos los depilatorios, sombrea el labio superior. Se pinta sin ningún arte, se viste con un mal gusto simiano y usa unos sombreros grandes y estrafalarios, demasiado grandes para tan poca cabeza.

En medio de todo, es una mujer que mueve a lástima porque se adivina en ella ese drama interior que llevan las solteronas adentro, oculto por el pudor femenino, drama incruento de un amor anhelado con fiebre pero que nunca vino. Ella ha sentido, y de qué manera imperiosa, la necesidad fisiológica de amar, y jamás hombre alguno ni siquiera hizo la tentativa de conquistarla. De ahí su nerviosismo, de ahí toda una perturbación orgánica que ha degenerado en una perturbación moral. Ahora es mala, intolerante, de genio agrio. ¡Cómo envidia, en su fuero interno, a los que aman y, sobre todo, a los que se sienten con el alma tonificada por el amor correspondido!...

Con un criterio equivocado, hija de su histerismo, echa a los hombres la culpa de la zancadilla que le hizo la naturaleza engendrándola mujer y no dándole los atributos estéticos de la mujer.

Margarita.

Burguesita de dieciocho años. Maciza de carnes, mofletes colorados, salud exuberante. Tontamente beatífica, sexualmente fría, libre de perturbaciones anímicas. Ríe con la risa sana y boba habitual en la gente gorda. Buena de corazón, opaca de inteligencia, sosa de palabra y una excelente madre de familia para el futuro.

Beba y Jovita.

Chicas de sociedad. Figuritas de esfumino. Cuerpos suavemente menudos que se mueven con una negligé distinguida. Indudablemente producen una impresión de finura aristocrática. Han estudiado delante del espejo el arte de parecer naturales y espontáneas. Saben un poco de música, un poco de pintura, un poco de francés. Son, por lo demás, espíritus playos, incapaces de llegar a los dominios de la pasión amorosa. Gustan del flirt, telaraña de amor que tejen y que rompen a capricho. Son lo que se dice "una monada". Las vemos en los palcos de los teatros de abono engrosando esos ramilletes de chicas que no suspenden sus risas, sus parloteos y sus críticas ni aún en los momentos culminantes del proceso escénico. Candidatas para los deportistas distinguidos, para los clubmen, para los hombres de cabeza vacía y de bolsillo lleno.

Carrasco.

Fría en los cuarenta y cinco años que lleva lozanamente. Cabeza de hombre intelectual. Frente espaciosa, ojos penetrantes, cabello semicano y poco abundante. Usa lentes y usa media barba. Habla con lentitud, silabeando las palabras y dándoles un cierto retintín de sentencia. Sus maneras tienen algo de solemne, algo de olímpico, algo de arzobispal. Su aspecto es el de un hombre tranquilo, aplomado, seguro de sí mismo, pero poco accesible a los demás. Nunca se le ha visto exaltado ni deprimido. Parece que viviera en una especie de nirvanismo afectivo. Vida regulada sabiamente, no sabe qué son alegrías exultantes ni penas agobiadoras. Por eso, su cara se mantiene tersa y fresca como la cara de una chica que no ha empezado todavía a sufrir su romance.

Hay en este hombre un raro predominio del cerebro sobre toda otra manifestación vital. Para él no es empresa difícil inhi-

birse y sofrenar toda baja tendencia orgánica. Y como a ese tranquilo imperio de la voluntad sobre sí mismo debe los éxitos de su vida, ha hecho de ese imperio de la voluntad el estandarte de lo que podríamos llamar su “doctrina”. Sostiene que los hombres se van haciendo superiores a compás que se libertan de la tiranía de los sentimientos por obra de la razón cultivada y de la voluntad fortalecida.

A pesar de su aspecto de hombre germanamente frío, no tiene, Carrasco, un temperamento sequizo. El sabe querer a su manera. Es verdad que le asquea, y no lo oculta, la estulticia del común de las gentes, como dicen que le asqueaba a Flaubert, y como suele asquear a los tipos espiritualmente superiores, pero ama a los hombres en conjunto, es decir, cuando están comprendidos en el rubro de “humanidad”.

Con su palabra latigante gusta zurriar a los individuos que el comercio diario pone en su contacto. Y zurriarlos no por el gusto de levantar ampollas en la carne débil, sino con una finalidad más elevada: la de propender al mejoramiento colectivo por vía del mejoramiento individual.

El mundo es un inmenso guignol a donde él penetra frecuentemente, como venido *ex-orbi*, para estudiar el “fenómeno humano”. Y ha visto que los hombres, como los títeres, están atados a un determinismo superior que los rige. Se hace menester, entonces, convertir a esos títeres en hombres libres, esto es, en hombres que se muevan sin el piolín sustentador.

Todos viven ciegamente como los irracionales. Parecen entes que ambulan o que andan con los ojos vendados. No tienen una visión clara del camino que están recorriendo. Y es que viven con los sentidos en lugar de vivir con la razón. Por eso, en mucha parte, los hombres tienen la culpa de su propia miseria.

Las gentes de baja condición social viven esclavas de sus instintos elementales, y las gentes de más alta jerarquía espiritual son el juguete de esos “instintos suavizados” que se llaman sentimientos. Y vivir a base de sentimientos, es vivir gozando poco y sufriendo mucho. Por ello, Carrasco aconseja: métete los sentimientos en el bolsillo y trata de llevar una vida tranquila, serena, parnasiana, libre de los mortificantes altibajos afectivos; goza la beatitud de no sentir, curado de la pasión del prestigio, de la pasión de la mujer, de la pasión del dinero.

Oh, el dinero . . . Qué acerba inquina tiene Carrasco al dinero.

Para él es el artificio humano que más trastrueca el orden natural de las cosas. Y sino, ¿qué montaña de convenciones imperinentes no se ha levantado sobre el pequeño disco de la libra esterlina? ¿Y cuántas distancias ridículas no ha abierto entre los mismos descendientes del hombre de las cavernas?

Predica Carrasco la vida simple y consciente. Por eso, admira a Diógenes el Cínico, el más ilustre de los atorrantes y el más individualista de los filósofos.

No hay necesidad de jurar que Carrasco es un individualista *enragé*. El exceso de roce con los hombres ha dejado en su espíritu un dejo de desconfianza gatuna que no logra esconder del todo su escepticismo cordial. Aconseja: no esperes nada de nadie. Y comenta: ¡pobres los que no siembren su juventud, esperanzados en la protección ajena! Y aconseja: sé una pequeña máquina de funcionamiento propio antes que la rodaja inconsciente de un enorme mecanismo. Y pontifica: recuerda que el egoísmo es la *prima ratio* de nuestros actos, que la solidaridad social de que tanto se habla, no es, en el fondo, sino egoísmo colectivo, es decir, una yuxtaposición de egoísmos individuales. Y aconseja: sé, entonces, sanamente egoísta. Sanea tu cuerpo no escatimándole ni agua, ni sol, ni aire. Y aclara tu mente con la gimnasia intelectual sistemática. Y fortifica tu voluntad empezando por vencerte en las pequeñas cosas cotidianas. Con esto y una parva mesa y una cama limpia y un perro amigo, varón libre, podrás contemplar el mundo serenamente y tendrás el derecho de compadecer a los afanosos, a la pobre gente que se desnuda por “llegar”, no se sabe a dónde ni para qué, y a los románticos y a los sensitivos que van peregrinando hacia la tumba con el infierno metido en el alma.

Y un perro amigo... No habla de la mujer. Y es que nunca la ha sentido imperativamente. Además, ha ido aumentando en él la misoginia a medida que la carne, con los años, se iba durmiendo más y más, y que el alma iba asentándose en un célico y venturoso sosiego de remanso. Su espíritu grave, con vistas a lo trascendental, nunca pudo hacer migas con el espíritu semi-infantil de la mujer, tan amante de la quisicosa, de las “nuances” de corazón y de todo lo que brilla y de todo lo que hace ruido.

Evidentemente, Carrasco acentúa demasiado los perfiles de su prédica. Pero lo hace a sabiendas, porque ha leído en Vaz

Ferreira algo sobre las condiciones negativas que necesitan las doctrinas para supervivir. No pule sus ideas porque no se escurran de puro razonables por el discernimiento ajeno, sino que las lanza en bruto para que produzcan el efecto de la pedrada. De ahí su amor a la *boutade*, que lo convierte en persona poco grata en sociedad. Por eso no tiene casi amigos, si bien es cierto que ni los busca ni los desea.

Sin embargo, su caparazón espinosa se suaviza cuando penetra en un pequeño círculo de antiguas y cordiales relaciones. Aquí se le aprecia, se le escucha y se le respeta, y no sin razón, pues no se encuentra a la vuelta de cada esquina un hombre que, como Carrasco, en medio del sensualismo corriente, sea un kantiano militante, es decir, que discipline su vida someténdola inflexiblemente al cumplimiento de lo que él estima por "deber".

Carlucho.

Tiene veintiséis años. De mediana estatura, delgado, un tanto agobiado de espaldas, los hombros levantados, el pecho ligeramente hundido. Aspecto de un hombre de salud mediocre. Cabellera abundante, cara pálida, ojos tristes y profundos. La palabra es dulcemente mansa y apagada. Hay en sus actitudes un no sé qué de dejación musulmana. Es un triste. Su tristeza tiene una razón orgánica, es una tristeza hipocondríaca. La vida, desde un principio, fué para él ruda, arisca, espinosa. Debió nacer, pues que nació débil, en ricas hopalandas y no expuesto al zarandeo de todos los vientos. Hombre de una sensibilidad quintaesenciada, un cuadro de ternura, una acción generosa, una palabra nazarena, lo conmueven hasta lo más hondo y le humedecen los ojos. Como pocos sufre la tortura de sentir y goza la voluptuosidad que hay en el fondo del dolor. La imaginación en él es una rueda que no se da un punto de reposo. Casi nunca se le encuentra actualizado porque está viviendo para adentro. Vive con fruición su segunda vida, la vida de su mundo interior. Socialmente es un *sauvage*. Así, cuando se encuentra en medio de las luces profusas, del bullicio festivo, del reír desatado, está deseando escapar a su rincón solitario para sumirse en su habitual *nonchalance* meditativa.

Sólo María Elena, con la bienaventuranza de sus ojos, con la dulcedumbre de su palabra, con el encanto suave de su arriño, es capaz de poner un poco de primavera en ese espíritu fatalmente cansado.

Roberto.

Es un vigoroso mocetón de veinticuatro años. Tipo de europeo meridional. Amorenado de cara, ojos brilladores, frente despejada. Se nota en él una supervitalidad física, algo como una borrachera de vida. Parece que tuviera pólvora en las venas, según es de expansivo, exaltado y desbordante. Esta exuberancia de vida se refleja en su verba que es copiosa, vehemente, inflamada; y se refleja en sus actos que son arrebatados, impulsivos, tumultuosos. Está demás decir que es incapaz de la conquista paciente y del esfuerzo dilatado y tesonero.

Su reciedumbre orgánica y su salud de quebracho, tienen como trasunto en el mundo moral, un exacerbado optimismo, una confianza plena en el propio porvenir. Es así cómo dentro de lo que es humanamente posible, ninguna meta le parece inalcanzable. Su filosofía de la vida resulta, pues, harto simplista: todo se consigue con el "yo quiero". No ve que, muchas veces, se hace menester que también "quieran" los demás.

Espíritu elemental, simple, cristalino, sin tabiques, sin vericuetos, sin complicaciones. Y tan es así que a través de sus ojos se le puede ver hasta el fondo del alma. Se entrega todo entero, efusivamente, y con una ingenuidad de niño grande. Sin un adarme de suspicacia, huérfano de malicia criolla, es tan fácil de engañar como don Quijote. Y como don Quijote, tiene la cólera fácil y listo el brazo nervudo. Y como don Quijote, olvida pronto y para siempre los agravios.

Desconoce el equilibrismo diplomático, la equidistancia, el término medio. Su espíritu anda a tumbos; tan pronto en un extremo,—el entusiasmo hiperbólico,—como en el extremo opuesto,—la desesperanza, al parecer sin remedio.

Sus crisis de dolor son cortas, pero tormentosas y ofuscadoras. Tan ofuscadoras que alguna vez sintió impulsos de solucionarlas con el remedio de Werther, y acaso lo hiciera a no mediar la intervención oportuna de un consejo sano, de una palabra amiga. Pero todo esto es en él misantropía volandera. Pronto, muy pronto, sus glóbulos rojos lo reconcilian, de nuevo, con la vida.

Su afición por Isabelina, afición ciega y dominatriz, es una de esas *sottises* que cometen frecuentemente personas discretísimas, pero de un temperamento sobradamente erótico. Su amor, en esencia, es una fiebre carnal que ha ido aumentando con las

dificultades de la empresa y merced a la coquetería felinamente refinada de Isabelina. El mismo está engañado con respecto al fondo de su pasión. Es un romántico a quien le traiciona la lava que circula por sus venas.

Y ya se sabe, cuando el amor más que una conjunción de almas es una atracción de epidermis, tiene la vida corta, pero, mientras dura, ciega a los hombres, y les disloca la personalidad, y los conduce a un frenesí enfermizamente imperativo capaz de arrastrarlos a los extremos más deplorables.

Jacinto.

Alto, cenceño, huesudo. Ha pasado de los cuarenta, edad que disimula tiñéndose el pelo y sometándose a una minuciosa *toilette* de señorita poco fresca. Algunas veces lleva lentes de carey. Los bigotes recortados a la inglesa. Viste con extrema corrección.

Ha corrido mundo y la abundante vida de transatlántico y de hotel le ha hecho dueño de una singular soltura y desenfado en las maneras.

Vida que se ha deslizado siempre a ras del suelo, en estrecho contacto con la realidad de las cosas, no conoce el ensueño ni la visión interior.

Tiene ciencia de hechos, pero menguadísima cultura bibliográfica. Esta se limita a algunas borrosas reminiscencias del lejano bachillerato que rindió a tropezones, y a lecturas intermitentes de libros con asunto super-escabroso. Por lo demás, le “revienta” la compañía de las gentes intelectuales que dicen con palabras que él no comprende, y tratan temas que no le interesan absolutamente.

Prefiere, toda la vida, su círculo, donde él ejerce, indiscutido, el decanato; círculo formado de muchachada “bien”, de patoteros distinguidos que saben divertirse ruidosamente.

Su lenguaje, ordinariamente, oscila entre lo vulgarote y lo chabacano. Cultiva el chiste de brocha gorda, tirando siempre a sucio, y cuando conversa con mujeres se hace el gracioso abusando del “calembour”, y de las frases de doble sentido.

Es rico y atufado de altanería porque sabe experimentalmente todo cuanto el dinero puede comprar.

Su constante peregrinación por el *demi-monde* le ha trans-

mitido una audacia brutal con las mujeres. Pésimo catador de exquisiteces espirituales, tipo amoral y bajamente sensualista, no distingue una mujer de otra mujer sino por su "arquitectura" física. Por eso, nunca ha comprendido a los que aseguran que un poco de idealismo levanta y espiritualiza el materialismo subalterno del amor.

Miguelito.

Muchacho elegante, barbilindo, ágil, desenvuelto. Es lo que se llama en jerga porteña un "rico tipo", un "macaneur". Vivo de inteligencia, tiene la palabra flúida y copiosa y las contestaciones rápidas y oportunas. Espíritu de mujer enjaulado en cuerpo masculino. Alocado, simpático, social. Algunas veces hasta es brillante, pero es la suya una brillantez oropejera. Buceando en su alma se hace fondo en seguida.

Es un fruto neto de la ciudad. No siente el paisaje natural, no siente la atracción campesina. Para él toda la belleza del mundo está sintetizada en la mujer. Pero en la mujer urbana, que es airosa, parlera, vizbirinda y que tiene el atractivo enfermizante de los misterios del *boudoir*. No comulga con la "serrana, — hermosa, lozana, — y bien colorada", del Arcipreste de Hita.

Con todo, no cae en la satiriasis, ni desciende a la burda sensualidad de Jacinto. Gusta, sibaríticamente, del sutil encanto de la feminidad. Ningún deporte como el flirt. Nada que "avise el seso" como las fintas amatorias con una mujer. Promesas veladas, desdenes inexplicables, miradas insinuantes, negaciones "afirmativas", laberinto, caos, misterio... Mundo femenino donde nunca se pisa en firme y donde se "goza" sufriendo, lo mismo que si uno se asfixiara con el perfume de la madreSelva...

La tarea dominante en Miguelito consiste en vivir tejiendo y destejiendo esa especie de "ñandutí" sentimental que es el amorío volante.

En definitiva, un buen sujeto. Veleidoso e indisciplinado en el estudio, nunca llegará a ser una cabeza pensante. Tiene asegurada su carrera política.

Don Ramón.

Ya tiene sus cincuenta años cumplidos. Menudo de cuerpo. Aspecto de hombre arrumbado por una mala salud consuetudinaria. Cabeza un tanto "achinada". Cabello lacio, frente más bien estrecha, cejas pobladas, barba abundante. Toda su vida parece reconcentrada en los ojos, los cuales, con su brillo, están revelando una vigorosa juventud mental. Es de palabra tranquila, segura y entonada.

Hombre de bastante preparación, ideas definidas, inmovibles, cristalizadas. Hospitalario, manso, lleno el corazón de una suave bondad de eucaristía... Claro de espíritu, pero de un carácter encogido, amante de la quietud conventual, enemigo del fragor y de los ásperos roces propios de la lucha.

Tradicionalista y conservador, tiene el culto del hogar, el culto de la religión, el culto de la patria. Su argentinidad raya en el fanatismo. No oculta sus sentimientos hostiles hacia el inmigrante extranjero, por lo común sórdido, ignorante y brutal, viendo en el aluvión inmigratorio un serio peligro de contaminación para las virtudes cardinales del patriciado argentino: la honestidad en el hogar, el respeto a las creencias religiosas de los mayores, y el amor exclusivista hacia la tierra nativa.

Don Casimiro.

Es el arquetipo del *parvenu*. Como tantos, no tenía, al pisar tierra americana, más que lo puesto.

Trabajó con ahinco y la mágica valorización del suelo argentino lo convirtió en hombre rico en el decurso de pocos años. Tiene la cara de un bendito, de un hombre satisfecho de la vida. Tipo clavado de burgués: barriga prominente, inelegancia sanchesca. Los pantalones demasiado largos, plegados como acordeón, dan la impresión de que se están cayendo. Y uno adivina, debajo de esos pantalones, los calzoncillos de franela amarilla. Su rastacuerismo se manifiesta en el enorme anillo que luce en su mano regordeta y peluda y en los brillantes desafortunados que ostenta en la pechera de la camisa. Imita las maneras de la gente de pro, pero es inútil: despunta lo zafio de su origen. Por él dijo Carrasco algo semejante a esto: muchos se ponen guantes para esconder la pezuña.

Es un semianalfabeto que se esfuerza por aparentar que piensa con cabeza propia. Sin ninguna base cultural, e incapaz

de hacer por sí mismo un raciocinio, opina siempre como el periódico que lee. Repite con una prosopopeya irritante, todos los lugares comunes y las frases hechas que se han ido infiltrando en la esponja que es su cerebro.

Ahora que es rentista suele vestir el frac, frecuenta las audiciones del Colón y emite juicios sobre Wagner.

Por lo demás, figura en los directorios de varias sociedades anónimas y va en camino de ser presidente de algún Ateneo. Pertenece a la familia de M. Homais.

Tulo.

Muchachote petizón y robusto. Espaldas de estibador, piernas ligeramente combadas, cogote recio, cara de salud. Adversario temible en el *box* y formidable *back* en los matches de foot-ball. Maneras pesadas, torpes, brutales.

Es, intelectualmente, un negado. Nunca quiso "romperse la cabeza" con el estudio. Su cerebro vegeta somnoliento y como impermeable a las ideas. Habla poco y su palabra es tarda y arrastrada. En su lenguaje abundan las expresiones arrabaleras.

La emoción de la belleza nunca ha conmovido el polvo y las telarañas de su espíritu. Junto a la mujer no siente la seducción aterciopelada de la feminidad, sino que se le avivan los ojos y se le afilan los dientes, lo mismo que si fuera un robusto hijo de las tierras de sol y de cantáridas que fueron patria del valeroso Tartarín.

Baronita.

De la misma casta de Tulo. Excelente musculatura y estampa física que "pega golpe" en Mar del Plata, en Florida, en la platea del Colón. Es todo un elegante, famoso entre los amigos por su nutrida colección de corbatas. Viste trajes de confección impecable. También es el cliente más meticuloso y más "chinche" de su sastre...

Admirador de los sportmen, está al corriente de todos los *records* del mundo. Incapaz de coordinar dos frases, vive "amurado" a sus amigos más inteligentes, como Miguelito, de cuyo auxilio necesita para cualquier empresa donde el biceps no sea el supremo argumento.